

taba convencido de que no tendría asunto alguno que ventilar con el tal don Tomás; deploraba haber seguido la pista durante seis días á un matachín mejicano, pero podía haber en el fondo de esto algún *quid pro quo* peligroso. Los *bravos* de Méjico, cual los de todos lo países donde se explota ese temible oficio, principian por asesinar, salvo el reconocer luego su error y hacerse pagar por segunda vez.

Esto pensando llegué á una casa de buena apariencia al pie del Cerro.

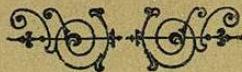
Cerca de la puerta murmuraba un arroyo al que daban sombra algunos sicomoros. Era la misma casa que me había descrito Florencio.

Junto á la puerta un criado limpiaba un caballo de sorprendente belleza. Preguntéle si estaba visible el señor Verduzco.

—No señor: En cuanto llegó anoche le enviaron á buscar de Guanajuato para un asunto urgente que no le permitirá volver hasta dentro de tres días, y tal vez entonces tenga que salir enseguida.

—¿Y para que punto?

—Lo ignoro, respondió el criado secamente. No quise saber más, y volví grupas.



## V

## Lo inevitable

DE regreso en Guanajuato pregunté por la posada más económica y allí encontré á mi don Santiago Villalobos. Me estrechó en sus brazos y le pregunté lo que le había ocurrido desde nuestra separación. Me dijo que se habían realizado sus fervientes votos. Un cura, que le proporcionó la parienta de doña Luz, los había casado sin dificultad y, celebrada la ceremonia la joven había entrado en un convento detrás de cuya reja podía verla diariamente. Solo aguardaban el momento en que las diligencias practicadas por don Santiago les permitieran salir de Méjico. Sin embargo, una circunstancia le inspiraba inquietud: creía haber visto la noche antes en la calle á uno de los criados que acompañaban al padre de su Luz en la hacienda de Arroyo Zarco.

—Pero como creo ver por todas partes figuras de traidores y espías, añadió en tono alegre, quizás me equivoque, y en realidad me busquen lejos de aquí. ¿Y V. ha logrado al fin dar con don Tomás Verduzco?

—No por cierto, y desde hoy tengo tanto empeño en evitarlo como antes tenía por hallarle.

Entonces le conté mi reciente aventura, y dije:

—La capa de V. por poco me cuesta la vida, por ser igual á la que lleva el denunciador de Florencio, Remigio Vázquez.

A este nombre palideció mi español y exclamó:

—¿Cómo? ¿Y es á Remigio Vázquez á quien acusan de una denuncia en que nunca ha pensado? ¡Ah! ¡doblemente siento el peligro que ha corrido V.! Remigio Vázquez es el nombre que he adoptado.

Esta inexperada revelación me hizo á mi vez temblar: habían bastado algunas horas para excitar contra don Santiago el odio de una persona que no le había visto nunca, y además acaso un padre ofendido había elegido por instrumento de su venganza á un asesino tan temible como Verdugo. Sin embargo, no descubrí mi pensamiento sinó á medias á mi joven amigo, y le aconsejé que se abstuviese de salir por algunos días; pero él había recobrado toda su sangre fría y me dijo:

—No; Lucecita me aguarda en el convento; hacerla esperar en vano sería sumergirla en cruel inquietud. Además cada cual sigue su suerte.

Nos separamos: don Santiago para ir al convento, yo para visitar una de las minas más próximas á Guanajuato. Al atravesar la plaza ví á Florencio á la puerta de una *pulquería* con un vaso en la mano. Era preciso hablarle; tal vez salvaría la vida de mi amigo. Iba á saludarle cuando volvió la espalda y penetró dentro de la taberna: seguíle y me dijo:

—¡Ah! caballero, permita V. que le ofrezca un vaso de pulque.

Como yo maldita la gana que tenía entonces de ese celebrado licor mejicano, hecho de savia de aloes, le dí las gracias sin tocarlo, y le advertí del error en que estaba respecto á Remigio, que no solo no había de

denunciarle su mina sino que hasta ignoraba que existiese.

—Bueno; ya no debo temer su denuncia; pero si esto cambia mis intenciones respecto á él, su asunto no mejora gran cosa...

—¿Qué quiere V. decir?

—Que como don Tomás debe recibir una suma considerable por vengar el honor de una familia ultrajada...

—¡Ah! ¿dónde está ese hombre?

—Creo que le encontraría, pero no puedo moverme de aquí sin pagar el gasto, y confieso á V. que no llevo un cuarto...

—No importa: llame V. al tabernero.

—Perfectamente. Anoche le dí hospitalidad á usted: hoy paga V. mi gasto: estamos en paz.

Y apuré otro vaso de pulque tambaleándose.

Pagado con exceso el gasto salimos en busca del matachín: por desgracia la embriaguez le obligaba á Florencio á ir más despacio de lo que mi impaciencia exigía.

Recorrimos inútilmente una parte de la ciudad. Al fin llegamos delante de una calle de árboles sombría y húmeda, á cuyo extremo se distinguía una verja.

—Es allí, me dijo Florencio, pero V. no puede entrar conmigo.

Quedé aguardándole con inquietud tan viva que, como tardase algunos minutos, acudí á la verja, que había dejado abierta. A pocos pasos encontré á un hombre tendido en el suelo: era el beodo de quien me había fiado y que principiaba á dormir su mona.

Retrocedí, volviendo á la posada y allí me aguardaba Cecilio lleno de zozobra.

—¡Gracias á Dios que viene V.! D. Santiago ha tenido un mal tropiezo esta mañana en la calle...

—¡Acabal

—Lo han llevado á su cuarto, y probablemente habrá muerto ya...

CAPILLA ALFONSO

Estas escenas son tan frecuentes en Méjico (al menos lo eran en aquella época), que nada revelaba en la casa tan abominable crimen; ni había la menor agitación. El infortunado joven, solo, sin asistencia de nadie, parecía dormir tranquilamente tendido en el suelo, cubierto con la ensangrentada capa; como también le tapaba la cabeza tuve que levantarla, y al recibir el aire fresco abrió los ojos, que revelaban síntomas de muerte. Me dijo:

—Vino V. á mi lado cuando tenía hambre y acude también á la hora de mi muerte.

Y me tendió su mano fría, añadiendo:

—¡Y hace poco que ella la estrechaba entre las suyas! ¡Dios mío!

—Dígame V. como podré avisarla.

El moribundo murmuró á mi oído unas señas que gravé en mi memoria.

—¡No la diga V. que he muerto por ella sino que para ella fué mi último pensamiento!

Luego salieron de sus labios palabras incoherentes confundiendo los nombres de su patria y de su madre con el de la mujer que le costaba la vida.

De repente brillando en su mirada el último rayo de lucidez, me dijo:

—¡No es verdad que irá V. cuando pueda á ver á mi madre? Dígale V., para consolarla, que muero millonario, pero ocúltela que ha sido en este lecho...

Se lo ofrecí y el infortunado hizo el último esfuerzo para indicarme donde hallaría su casa en Vizcaya, cerca de Vergara.

Me dió las gracias con una sonrisa: el nombre postrero que salió de sus labios fué el de su madre. Cerré sus párpados dilatados por su corta agonía y limpié la espuma rojiza que manchaba sus labios.

En este instante sentí tocarme en el hombro. Tenía detras de mí á un hombre á quien conocí por su bastón: era un alcalde.

—Caballero: seguramente dará V. cualquier cosa por vengar la muerte de ese joven; tranquilícese usted, que la justicia lo ve todo.

—Si, pero llega demasiado tarde, ¿no han preso ustedes al asesino?

—Ha huído, pero esto no quiere decir que no se le encuentre. Vamos ¿es V. pariente, hermano ó amigo del muerto?

Conocía demasiado las leyes mejicanas para dejarme prender en el lazo de fingida compasión con que me hablaba aquel hombre; así es que guardé silencio. (1)

—Caballero: aguardo la declaración de V., me dijo con mucha amabilidad.

—Mi declaración es esta: (y pedí interiormente perdón al alma de mi amigo por la mentira) no conozco ni he conocido nunca á ese joven.

Viéndose burlado el alcalde, no tardó en desaparecer.

Mis relaciones con don Santiago Villalobos habían durado muy pocos días. Doña Luz honró la memoria de su esposo llorándole sin salir del convento. Se negó á salir de allí considerando á su padre causante del asesinato.

En cuanto al asesino, sólo me toca anticipar al lector, que al cabo llevó su merecido en este mundo, como se verá más adelante, en EL CAPITÁN DON BLAS.

Había transcurrido más de un año desde la muerte de don Santiago, y yo no estaba en Méjico. Además

(1) Reconocer un cadaver ó mostrarse parte contra el asesino era entonces en Méjico cargar con los gastos de un proceso tan caro como irrisorio. Todo el mundo huía del lado del cadaver.

de mi promesa de visitar á su madre, me había llevado á España un motivo personal, menos novelesco. Era en las postrimerías de la guerra civil. No sin peligros llegué á Vergara, y después de informarme en la posada del señorío de la Tronera, que distaba un cuarto de legua, me dirigí allá solo y á pié.

Pobre mansión era la de don Santiago Villalobos, cual me la había figurado. El viento silbaba lúgubrememente en las desmanteladas torrecillas. Multitud de golondrinas revoloteaban entre las cornisas y las techumbres artesonadas; pero algunos andamios en diferentes sitios indicaban reparaciones interrumpidas. La soledad y el silencio me entristecieron hondamente.

Llamé á la puerta y vino á abrirme una mujer vestida de negro. Preguntéla por la señora madre de don Santiago, y me dijo:

—¡Ahl señor, hace seis meses que la señora murió, y yo aguardo cada día á su hijo.

—¡También su hijo ha muerto!

Entonces supe que seis meses antes de mi llegada la madre de don Santiago había recibido una suma considerable de dinero, sin que la acompañase carta alguna. Sin embargo, la buena mujer no dudó que sería su hijo el anónimo bienhechor: la emoción fué tan viva que la mató. Antes de morir dispuso que se empleara parte de aquella suma en restaurar aquella mansión para que fuese digna de su joven señor; y la desgraciada murió dichosa, puesto que murió creyendo en la existencia de su hijo, considerado y rico.

Indudablemente aquella suma cuantiosa fué enviada á la pobre madre por doña Luz, que la veneraba sin conocerla, y que no quiso amargar sus últimos días con la terrible noticia del asesinato de su hijo.



## LOS MINEROS DE RAYAS

### I

#### Extraño caso—Encuentro desagradable

HACE poco más de un siglo Guanajuato era ciudad de muy poca importancia. Antes del cambio repentino que se efectuó en ella por las explotaciones gigantescas de las minas de plata La Valenciana y Rayas, la industria minera mejicana concentraba su actividad en Tasco, Pachuca y Zacatecas. Se ignoró por mucho tiempo que las montañas que rodeaban á Guanajuato y en la misma vertiente sobre la cual se edificó, existiese la Veta-Madre el criadero argentífero más rico del globo.

A esa gran ventaja industrial une esa ciudad la de dominar las fértiles llanuras del Bajío, región de unas ochenta leguas de circuito. Es tal la fecundidad de esa tierra que le basta al labrador indio pasar ligeramente el arado por encima para ponerla en disposición de dar ricas cosechas.

En ninguna parte resaltan como en el Bajío las

BIBLIOTECA ALFONSO DE BOURBON